



En un vacío vertiginoso

Oscar Brox

EL SILENCIO, DE DON DELILLO (SEIX BARRAL)

Al atravesar un episodio histórico como el del 11-S, del que dio cuenta en ese texto breve titulado *En las ruinas del futuro*, Don DeLillo adaptó su escritura a todos esos presagios que asomaban con el cambio de siglo: un tiempo marcado por la falta de límites, la velocidad con la que se nos impele a vivir en la idea de un futuro permanente con el capitalismo convertido en el molde perfecto para una conciencia global. Fruto de todo ello, sus ficciones se volvieron más escuetas, reducidas a lo básico y con un esqueleto argumental elemental en el que las reflexiones, las palabras, brotan como en una erupción súbita. En mitad del vacío.

El silencio tiene varios puntos en común con *Zero K*. El principal, casi un rasgo común en la obra delilleana, la idea de que las cosas solo son reales cuando aprendemos a nombrarlas. No en vano, la primera escena, situada en un vuelo de regreso a Estados Unidos, nos coloca en una posición extraña. Escuchamos la letanía de datos, cifras, trayectos y mensajes que Jim Kripps lee una y otra vez en la pantalla del asiento. Pero, ¿qué hay en todo eso? De entrada, la sensación de pérdida de realidad, camuflada bajo tantas otras cosas (tecnología, aceleración, poshumanismo) que resulta difícil encontrar

algo de carne, de identificación, en ese vacío al que nos hemos acostumbrado por pura repetición. Al hilo del poshumanismo, la sensación de que DeLillo pondera cómo nuestro alrededor, si más no nosotros mismos, tiene sus contornos cada vez más borrosos, alcanzando incluso las interacciones más básicas. Ya no se puede hablar de diálogos, casi que tampoco de monólogos, sino de unidades de palabras que golpean, resuenan o se desvanecen en mitad de un silencio –ese cambio de paradigma que hemos fiado a una idea de futuro– que no sabemos romper. Puede resultar paradójico que *El silencio* se completase poco antes de la emergencia sanitaria de 2020, en tanto que describe los pasos de un colapso social de naturaleza casi desconocida. Un avión realiza un aterrizaje forzoso; en una casa de Nueva York, mientras tanto, la emisión de la final de la Superbowl corta a negro en lo que parece una caída de la señal. Nada más. DeLillo coloca a unos y otros en el interior del apartamento, como protagonistas de una

nueva versión de *El ángel exterminador*. Paralizados, zarandeados por unas palabras que mezclan a Einstein con la paranoia social, el tedio con algo parecido a una euforia vital –ante la visión del colapso, Jim Kripps y Tessa Berens hacen el amor, quizá pensando que debe ser la única, o la última forma, de encontrarse en el silencio. ¿Y el mundo? Bueno, qué difícil explicar eso. Cuando todo cae, o simplemente cuando no sabemos a qué agarrarnos –porque hemos construido la realidad a partir de unos conceptos etéreos, digitales, invisibles, no táctiles–, ¿cómo identificar esa visión singular de nuestro alrededor con la que puede tener nuestro vecino? *El silencio* es una novela en la que DeLillo, acaso, pule todavía más su idea del lenguaje, de la escritura y la palabra. Quita todo lo accesorio, todo el detalle –y aun así, qué habilidad la suya para describir con lo mínimo cada cosa que sucede– y nos deja un poco a merced del vacío. De un vacío que no emerge en ningún momento, como una explosión, sino

que parece ser el destino final, adonde nos dirige esa carrera veloz por querer alcanzar el futuro. La comunicación, la glaciación emocional, la disposición de las cosas más cotidianas. En verdad, resulta hermoso leer ese apocalipsis silencioso, que lejos de dibujar un horizonte hipertecnificado nos devuelve a una imagen antigua –algo, por cierto, que también describe David Cronenberg en *Crímenes del futuro*– y, tal vez, más estremecedora, en tanto que en ella pueden leerse esos trazos humanos cada vez más diluidos por las embestidas del futuro. De manera que uno llega a la conclusión de que hay en este último DeLillo un poso de melancolía y añoranza por un mundo, o más bien por una condición humana, perdida en el vértigo de sus transformaciones. Preocupada por la criogénesis, las fluctuaciones bursátiles, los movimientos oscuros desde la trastienda de la web o las alteraciones afectivas de la conciencia global. De ahí, un poco, esa imagen tan básica, tan cotidiana y familiar, absolutamente desdibujada, degradada, cuando Max regresa de su paseo y se sienta frente al ruido blanco del televisor a continuar con el partido de la Superbowl. Un gesto, aparentemente sin importancia, demasiado humano en mitad de ese vacío vertiginoso. En el silencio.

La belleza de las cosas que caen

Juan Jiménez García

TRADUCIDO DEL SILENCIO, DE JOË BOUSQUET (CINCA)

Silencio. Hay tanto silencio en este libro... Una palabra que se repite, pero sobre todo no como un hecho sino un sentimiento. No es la ausencia de voces, sino algo que está instalado en nuestro interior, que nos devora lentamente, que es ruido, porque el silencio, como demostró John Cage, el silencio no existe. Siempre escucharemos, al menos, nuestro corazón, la sangre que fluye. Y así ocurre en la obra de Joë Bousquet, en estos textos a modo de apuntes, de diarios, de cosas que alguien, en un futuro debería leer. Y así lo entregó a su editor, desordenadamente, para que hiciera con ellos lo que quisiera y les diera el orden que creyera conveniente. Ya habían cumplido su propósito, ser escritos, vientos en una caja de Pandora. El resto era silencio. Joë Bousquet fue a la guerra y perdió. Era atrevido, se llevó un puñado de medallas y un tiro que le dañó la espina dorsal y lo dejó en una silla de ruedas. Un puñado de hojalata por una vida, sino perdida, sumida en una sucesión de luces y tinieblas. La luz eran las mujeres. Bousquet era el hombre que amaba a las mujeres. Las amó apasionadamente, antes, después. *Traducido del silencio* es un recorrido a través de mujeres, miedos, encuentros, pérdidas, desesperación, melancolía, tristeza, mujeres, mujeres, mujeres. El amor. Amar.

Desear. Desear es lo que nos mantiene vivos. No tener. Desear. Dice Julio Monteverde en su prólogo: *El yo es una sucesión de instantes*. También dice: *el tiempo pasa y el acontecimiento persiste*. Bousquet vive encerrado en la prisión de su cuerpo. Vive aprisionado y se siente aprisionado. Sabe que esa urgencia que siente por escapar, no se dará. Solo la muerte le liberará. Mientras tanto, se entrega al opio y otras drogas, y por la otra puerta de su casa desfilan aquellas a las que ama, a las que podría amar y las que no le amarán. Y escribe, escribe, sobre todo aquello que conforma esa dimensión que se ha vuelto líquida: ese tiempo, que pasa, pero pasa de cualquier manera. La insuficiencia le pesa, se siente estúpido. Él, tan ajeno a la estupidez. Dice que no habla para ser entendido sino por necesidad, pero también que escribe para que le entienda un campesino. En él, se encuentran una y otra vez las contradicciones. Su vida no es una vida vivida en un claroscuro, sino que atraviesa blancos y negros.

Me parece que me arrastro a través de días que no son míos. A menudo, ese sentimiento de ser ajeno a sí mismo. Una manera de verse fuera de sus prisiones, de imaginarse fuera de ellas. Decía Vladimir Holan que *solo el suicida piensa que puede salir por puertas que en la pared tan solo están pintadas*. Pero, quizás, también el soñador. Y Bousquet soñaba. *Pertenezco a una época en la que ya no se soñará porque el hombre se habrá convertido en sueño*. Frente a esa realidad inmóvil, ese reloj que no marca horas, ni minutos, frente a esa existencia en la que se siente a menudo en compañía de la muerte, Bousquet sueña. Había sido surrealista cuando los surrealistas, los primeros, pero tampoco tenía ninguna necesidad de ello. En esto, como en otras cosas, fue una sombra. En él, late el corazón de la poesía. Se dice un hombre que sabe lo que es la poesía y el dolor. Y ahí se contiene el río de las palabras, que atraviesan esas hojas que se niegan a ser diario y que, algunas veces, lo único que consignan es el día de la semana.

El vacío y la necesidad de escapar de ese vacío. De nuevo, el silencio, del que todas estas hojas, como su nombre indican, son un intento de traducirlo, de darle un significado, de transformar esas imágenes en algo comprensible (pero no siempre, no para todos, pero así debe ser y así puede ser). Lo único capaz de cambiar esa correlación de fuerzas, es el amor. El amor por las mujeres. Otro movimiento pendular entre el gozo y el fracaso. Entre lo encontrado y la pérdida. *No puedo amar, porque amo demasiado*. Sí, con toda su energía, con todo su cuerpo maltrecho, atrapado, enjaulado. Estos apuntes con apariencia de diario, este diario con apariencia de notas y apuntes está atravesado, una y otra vez, una y otra vez, por las mujeres, por todas esas mujeres que atravesaron su vida, a veces su corazón. Ellas son la felicidad y la amargura, pero algo a lo que no puede renunciar, como no puede renunciar a la escritura. Su incapacidad física es la única renuncia que admite, la única que está dispuesto a afrontar. Lo demás será libertad y fantasmas, dolor y demonios, placer y luz, y sueños y algo en lo que creer, algo por lo que insistir, algo que le ayude en esa convivencia con la muerte. La belleza de las cosas que caen.

No estamos ante un ensayo cualquiera, estamos ante un ensayo sobre el silencio, lo que implica tener los labios sellados, queramos o no, en todas sus facetas. El silencio tiene un largo recorrido a través de la historia y la literatura y el arte y no estaba de más que alguien tan erudito como aquí lo ha sido Alain Corbin nos trajera este ensayo pequeñito pero con mucho fundamento. Corbin recopila el silencio como algo que ha ocurrido desde siempre, de hecho, así es. Leyéndolo nos damos cuenta de que no hay un vacío, sino que el silencio se materializa, se hace presencia en el espacio. Hay hasta colores que lo definen, como diría Rodenbach: el gris es el color sensible del silencio. Asimismo, el silencio produce muchos significados según se use y según a qué simbolismo se ata. El silencio perfecto se halla

en la inmovilidad, pero también hallamos el silencio del desierto, el del mar, el del bosque. En muchas ocasiones llamamos para ponernos en contacto con Dios, pues el silencio santifica, nos pone en contacto con nuestro ser más profundo. También llamamos como acto social, un silencio que nos viene dado a aceptar las cosas como son, que también se hace para honrar a los otros, los que ya no están. El silencio en el arte también se ha recogido de muchas maneras, por ejemplo, tenemos el caso de Hopper, cuyas pin-

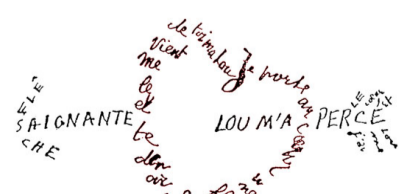
turas conocen la quietud. En el teatro, Juan Mayorga nos habla de él como una especie de silencio, un decir en lo que no se dice. En la música, John Cage nos sumerge en una pieza de 4min33seg. que consiste en escuchar el silencio, lo que se haya presente, y nada más. También Shakespeare nos habla de él a través de sus personajes en Hamlet. Asimismo, necesitamos el silencio como necesitamos el aire. Alain Corbin recopila una sugerente cantidad de ejemplos para hacernos ver que el silencio es

importante, que el silencio nos suscita y nos lleva a un modo de ser más profundo y beatificador. El silencio como herramienta, como material susceptible de aquello que de otra manera no podemos tener. Todos podemos callar, pero también hay que saber callar. Y estos ejemplos (algunos en esta reseña no salen en el libro, sino que he tenido que añadirlos porque me parecen indispensables para entender lo no dicho) nos ayudan a comprenderlo, a ser capaces de envolverlo con nuestras manos. Un silencio que surge para ser tocado. Quizá tengamos que callar más y hablar menos para escuchar mejor y sentir las cosas como son. Aquí es al revés de como dicen en la película La metamorfosis de los pájaros: hay que sentir las cosas conforme las vemos, pues cómo vemos el silencio si no es sintiéndolo.



< SUSCRIBIRSE AL BOLETÍN DEL CLUB PARA RECIBIR PUNTUAL INFORMACIÓN

DETOUR.ES | DIARIOS.DETOUR.ES
CORREO@DETOUR.ES | FACEBOOK/REVISTADETOUR
INSTAGRAM/REVISTADETOUR | TWITTER/TDETOUR
LLIBRERIARAMONLLULL.COM



literaturas
literatura en détour
literaturas.detour.es

“Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo.”

Tractatus logicus-philosophicus, Ludwig Wittgenstein

La amante de Wittgenstein es el primer libro que leo de David Markson (Albany, 1927 – Nueva York, 2010) y estoy segura de que no será el último. La fascinación que he sentido acompañando a Kate, la protagonista, por los recovecos de su mente, sus recuerdos, sus deseos, sus ensoñaciones, sus recreaciones del ayer me hace exclamar “Markson, quiero más”. Ajena totalmente a qué iba a encontrar en este libro, atraída por el título en el que el papá del Tractatus queda subordinado a “amante de”, desconocedora de la obra de Markson y virgen de prejuicios o apriorismos, naufrago con Kate en esta sucesión de pensamientos sutilmente hilvanados que conforman una biografía marcada por la desgracia, la soledad y la locura.

Sólo hay una voz en el libro, la narración es un soliloquio sin principio ni final, una inacabable tela de araña por la que acompañamos a Kate, desde la que caemos con Kate, donde nos apiadamos de Kate, en la que el “todo sobre Kate” está tan poblado como El jardín de las delicias de El Bosco. De Kate sabemos que tuvo un marido, varios amantes y un hijo que ahora está muerto. Sabemos que era (¿es?) pintora, que vivió en los museos más importantes del mundo quemando marcos de cuadros para entrar en calor, cayendo de los andamios, cuidando gatos. Sabemos que vivió en el Soho, que ha recorrido el mundo entero y ha tenido accidentes de coche, que se ha deshecho varias veces de su equipaje y que la soledad la empuja de manera obsesiva a la precisión lingüística. La cultura de Kate es inagotable y su mente parece un secreter de cajones infinitos y abiertos con datos mezclándose una y otra vez. Kate menciona pintores (Renoir, Degas, Georgia O’Keeffe, Toulouse-Lautrec, Pablo Picasso, Jackson Pollock, El Greco, Francisco de Goya, Velázquez, Cézanne, Brunelleschi, Donatello, Leonardo da Vinci, Giotto, Andrea del Sart, Taddeo Gaddi, Tiziano, John Everett Millais, Bellini, Modigliani, Rubens, Vincent

Esto es todo, repite Marguerite Duras. Esto, la vida. Nada más. Ya no. La urgencia de la escritura, la urgencia de escribir las últimas cosas, en ella se transforma no en un torrente de palabras, en un testamento literario, en esas últimas cosas no dichas, sino en un tránsito del silencio hacia el silencio más absoluto. Un silencio en el que las palabras resuenan, entre ecos, repeticiones de sí mismas, regreso. Buscan su significado y buscan significar la vida que se escapa. El libro comprende los últimos años, dos, tres, acaba uno meses antes de su muerte, que intuye, que sabe que está ahí, esperándola, que aparecerá en un último instante, punto final de una vida que para ella empieza lejos, en aquella Indochina francesa, con aquel dique, aquella presa contra el Pacífico, con la madre, siempre la madre. Ese silencio es la descomposición de la escritura. Asistimos a como esta es cada vez menos y menos y aún menos, y como, aun así, sigue teniendo la voluntad de comprenderlo todo y también de hacer comprensible todo. Luego: como relámpagos en la oscuridad de la noche, está

Aunque no lo parezca, es difícil escribir sobre uno (muchos) de los animales que más te obsesionan, las aves. Hace poco vino a mis manos el último número de la revista Litoral, ni más ni menos que dedicado a las Aves, y se me hace imposible no hablar de él, aunque las palabras cuesten, aunque el silencio sea lo primero que se haga. De hecho, dice Robert Lynd en una cita extraída de este último número de la revista que para poder ver pájaros es necesario formar parte del silencio, y qué razón. Como una pequeña enciclopedia alada, pues sus páginas se convierten en plumas de todos los colores y todos los tamaños, Aves se convierte en un número de referencia para todo aquel interesado en ellas y no quería dejar pasar tal belleza suscitada por las imágenes, ensayos y poemas que se nos muestran. Los poemas que aquí se presentan, todos de diferentes autores: poemas de Leonard Cohen, de Pessoa, de Saint-John Perse, de Emily Dickinson, de Keats, de Eugenio Mandrini, Alda Merini, Ruben Darío y un largo etcétera de autores conocidos y desconocidos, se convierten aquí en notas de a pie de foto, de ilustración, de pintura, de arte

El Tractatus de Kate

Gema Monlleó

LA AMANTE DE WITTGENSTEIN, DE DAVID MARKSON (SEXTO PISO)

van Gogh, Jan Vermeer, Magritte...), escritores y filósofos (Rainer Maria Rilke, Spinoza, Gustave Flaubert, G.B. Shaw, Kierkegaard, Heidegger, Anna Ajmátova, Marina Tsvietaieva, Wittgenstein, Sor Juana Inés de la Cruz, Dos-toievski, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristóteles, Ralph Hodgson...), personajes de obras literarias (Don Quijote, Aquiles, Helena, Clitemnestra, Electra, Rodion Románovich Raskólnikov, Anna Karenina, Dmitri Shostakóvich, Telémaco, Agamenón, Orestes...) y ficcióna encuentros posibles entre ellos, capítulos desconocidos de sus vidas, un tsunami de momentos aquí vs allí y ahora vs entonces amparado por un solipsismo explícito que afirma y pone en cuestión lo afirmado.

Sí en el mundo no hubiese ya nadie capaz de conservar el acervo cultural de la humanidad siempre nos quedaría Kate. Kate que escribe a máquina en la playa. Kate con su arrollador torrente de palabras. Kate con el alud de “links” que la llevan de un tema a otro. Kate con sus experiencias, referencias y vehemencia. Kate vagabundeando por entre sus recuerdos. Kate y su desbordante circularidad especulativa y existencial. Kate y su voz tan crepuscular como pirómana, tan empírica como distorsionada, tan inquieta como fascinante, tan apocalíptica como visionaria. Kate con su mente fracturada que no sabemos cuándo ni por qué comenzó a descomponerse pero ante la que nuestra empatía se dispara. Kate, la loca. Kate, la lúcida.

Ante el arriesgado y experimental oficio de Markson me atrevo a proponerle un juego a Kate en el que me apropio de algunos de sus instantes para componer un poema-biográfico, un poema-retrato, un poema-elucubración, un poema-Je-me-souviens, un poema-Sostiene-Kate, una exhumación literaria en la que cada párrafo deviene verso, una ficción de la ficción en la que no añado nada,

todo está en el libro y mi única aportación es este personal agitado y mezclado.

Pasen y lean:

“En el principio a veces yo dejaba mensajes en la calle.

Había pocas dudas sobre mi locura.

Vagaba a través de un vacío interminable. De vez en cuando, cuando no estaba loca, me volvía poética.

Únicamente hay un espejo, aquí, en esta casa, en esta playa.

Si una vive sola, tiende a preferir un sitio con vistas al agua.

Esta es mi segunda casa en la playa. La primera, la dejé reducida a cenizas. Todavía no estoy segura de cómo sucedió.

Durante la mayor parte de la noche, todo el cielo fue homérico.

El atardecer de ayer poseía cierta quietud, como si Piero della Francesca se hubiera encargado del color.

El atardecer de ayer fue un atardecer Vincent van Gogh, con un cierto toque de ansiedad en él.

Cuando Vincent van Gogh estaba loco, una vez trató de comerse sus pigmentos.

Leonardo también era zurdo. Y vegetariano. E hijo ilegítimo.

Creo que una vez leí Cumbres borrascosas, sin embargo, cosa que menciono porque lo único que soy capaz de recordar de ese libro es que la gente está constantemente mirando por la ventana, hacia dentro o hacia fuera.

Tras un primer vistazo, una no esperaría que Cumbres borrascosas fuese un libro sobre ventanas, tampoco.

Lo cual me recuerda que ahora estoy convencida de que la frase que se me pasó por la cabeza ayer, o antes de ayer, sobre vagar a través de un vacío interminable, fue escrita por Friedrich Nietzsche.

Una vez, cuando Friedrich Nietzsche estaba loco, empezó a llorar porque alguien estaba pegándole a un caballo.

Quizá no haya mencionado que mi gato marrón rojizo se le subió al regazo a Willem de Kooning.

Final

Juan Jiménez García

NADA MÁS, DE MARGUERITE DURAS (PERIFÉRICA)

Yann Andrea. Su relación con Yann Andrea, último amante, homosexual, que reúne los fragmentos del libro. Que está ahí de voz y frente a Marguerite Duras. Le pregunta. Ella responde, preguntas que son jirones de algo roto, hecho pedazos. Del mismo modo, está su relación. Con él, entre ellos. Le declara su amor. Le declara su odio. En ese enfrentamiento, está la desesperación. La ausencia de esperanza es esa desesperación. La lucha por vivir, vivir algo más, evitar el punto y final, es desesperación y rabia. Una tristeza por el presente, que no melancolía. Una vez, otra vez, vuelvo sobre *Desgracia impenable* y como la escritura de Peter Handke, en un determinado instante, con la muerte, la muerte de la madre, se rompe, se hace pedazos, una infinidad de fragmentos, un universo

creado tras una explosión inimaginable, tras un dolor inimaginable, siempre más, mucho más. Eso es *Nada más*.

Los fragmentos son mínimos. La vida se reduce a unas pocas palabras. El blanco de la página lo rodea todo, es casi todo. Las frases cortas, que saltan de una línea a otra, entre un silencio y otro, entre un después y otro después, un más tarde, más adelante. El tiempo no es circular. Es una línea que sigue, que buscar un lugar donde acabar. No hay donde volver. Duras, solo Duras, mantiene su mirada fija en la muerte, allá al fondo, delante. Habla del amor, vuelven a ella personajes pasados, habla del amor, vuelve la madre, habla del amor, calla, habla del amor, se desespera, grita sordamente, con esa voz suya, apagada por la enfermedad, me-

y esencias. No sólo se nos presentan a las aves en la literatura, sino también en la música, como el jazz, el rock o la música clásica. En esta última cabe destacar

como Vivaldi, con La primavera, nos seduce con su violín que es el gorjeo de un pájaro, con la orquesta, que son el correr de los arroyos, la brisa y el zumbido de los insectos. El silencio es nuestra lengua materna, dice Samuel Beckett; pero sin los pájaros también habría silencio en la naturaleza, también lo es la de ellos.

¿Por qué no volamos? ¿Podríamos volar de alguna manera? Inventémonos alas, volemos con nuestros sueños como ya hacemos en ellos pero nunca seremos libres del todo como los pájaros, como estos pájaros que aquí se presentan. Porque este número de la revista Litoral tiene alas, sus páginas son alas, llenas de plumas como pájaros. Un libro-revista lleno de cantos varios, pero también de silencio, de luz y belleza hacia la vida y la naturaleza, hacia nuestro ser más íntimo. Inventémonos las alas para volar con nuestra imaginación, como volamos al saber de estas aves, al leer estas poesías y ver tanto arte aquí mostrado.

Quizá no haya mencionado que uno de los niños a quienes Brahms de vez en cuando daba caramelos bien pudo haber sido Ludwig Wittgenstein.

Wittgenstein también tocaba un instrumento, por cierto. Y heredó una buena suma de dinero, pero lo regaló todo. Ahora que lo pienso, una vez leí en alguna parte que Ludwig Wittgenstein no había leído una palabra de Aristóteles. Pobre Electra. Desear asesinar a la pobre madre de una. Abraham Lincoln y Walt Whitman solían saludarse con la cabeza cuando caminaban por las calles de Washington D.C. durante la Guerra Mundial.

(Leer completa en diarios.detour.es)

Coda: No hay constancia de que Ludwig Wittgenstein tuviera una amante.



tática por la enfermedad, profunda por los días, los años, la introspección que la ha vuelto del revés, una voz que entra, no sale. Una y otra vez se despiden. Los días pasan, pasan las semanas, los meses, incluso los años. Pocos, alguno. Pasa el tiempo. Un tiempo que empuja, que crea urgencias. Para la escritora, escribir lo es todo, luego escribe. También el amor, pero el amor se convierte en algo laberíntico, un laberinto del que no quiere encontrar la salida, un laberinto que es Yann Andrea, pero no siempre están juntos, no siempre. Ni estando uno al lado del otro. Sin embargo, la escritura forma un mismo cuerpo con ella. Es su cuerpo. Y como su cuerpo, se debilita, se esfuerza por encontrar el aliento necesario, surge, es, está. La escritura también puede enfermar, pero, a la misma vez, es la curación, es el espejismo de la curación, es el exorcismo, el gesto que espanta, la luz en la oscuridad, la luz en las tinieblas. *Se ha terminado. Todo se ha terminado. Es el horror*, dice un último 28 de febrero. Pero hay una anotación más, un día después. *Té amo. ¡Adiós!* Nada más.

PRÓXIMO CLUB
POESÍA INTERRUMPIDA
LOS POETAS Y LA ESCRITURA

15 DE ABRIL, 18:30
LLIBRERIA RAMON LULL
CORONA, 5 - VALENCIA

